

Antología "Algo que decir" rescata la prosa de Alfonso Alcalde, incluyendo textos inéditos

El arte de no hablar por hablar

Rodrigo Castillo

“El suicida antes de disparar el mortal balazo comenzó a mirar por el ojo del caño del revólver, y viendo tanta maravilla se arrepintió. Al rozar la carta destinada al juez, tuvo la ocurrencia de llamar a su mujer que era curiosa, y ella lo amonó que alcanzó a ver del arma fue el color del estampado que la hizo aflojar”.

Esta historia, tan divertida como sinistra, adquiere ligübreras connotaciones cuando se tiene en cuenta que su autor, el escritor Alfonso Alcalde, se suicidó en 1992, en un momento de la soledad y la pobreza en que se encontraba a sus 71 años. Pero, al margen de ese hecho, el cuento permite apreciar los extremos en que se movió el autor, cuya propuesta emerge ahora con renovada fuerza gracias a la antología “Algo que decir”, recién editada por Cuarto Propio.

Difícil tema la de antología a Alcalde, porque su producción es asombrosamente diversa: el hombre escribió poemas, cuentos, novelas, relatos infantiles, dramas, comedias, reportajes e, incluso, una muy vendida biografía de Don Francisco. Entre la treintena de títulos que componen su obra, destacan “Balada para una ciudad muerta”, “Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte”, “Ejercicio sobre el tema de la rosa”, “Alegría postivoria” y “Consagración de la pobreza”.

El volumen que ahora se ha publicado intenta hacer una revisión de parte del universo creativo del artista -cuyo además fue un destacado exponente del collage y escribió letras de canciones- a través de una compilación de trabajos en prosa -algunos inéditos hasta ahora- que se divide en tres partes.

La primera sección incluye una cruzada parodia a los folletines, titulada “Fuerzas adentro”. La segunda ofrece varios perfils de personalidades del cine, la literatura y el deporte, como Brigitte Bardot, Pablo Neruda y Pelé. Y la tercera brinda una colección de textos minuciosos

Una parodia a los folletines, semblanzas de personajes como Brigitte Bardot y Pelé, y una serie de cuentos que oscilan entre el absurdo y la crueldad ofrece la compilación recién editada por Cuarto Propio.



Versátil, Alfonso Alcalde cultivó la poesía, el cuento, la novela, el relato infantil, el drama, la comedia y el reportaje, además de ejercer como artista plástico y compositor.

firmada “Sacrificia de los ángeles eróticos o 114 cuentecillos de mala muerte”, en la que el humor negro y el absurdo son los componentes absolutos. Buen ejemplo de esa vertiente minimalista es el fragmento titulado al comienzo de esta crónica, aunque varias otras de las re-cuobistorias resultan asimismo destacables (ver recuadro).

Versátil con la pluma, Al-

calde supo también moverse en diversos registros vitales. En otras palabras, fue un aventurero, riesgo que queda de manifiesto en su “libro alabanza autobiográfica”. Ahí el hombre enfrenta, a quimo quito, algunas de las andanzas que lo mantuvieron alejado del aburrimiento durante su juventud.

“Trabajé vendiendo urnas,

contrabandeando caballos desde Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) a través del Mar de Groussin, cuidando animales en un circo de fieras y como ayudante de la Mujer de Clema y del Tragapapeas (...) El guionista de cine, radio, teatro y televisión. También traté de ganarme la vida en un bar pendenciero, fui chofero de un hotel de pasajeros urgentes y en las entrañas de las minas de estaño de Potosí trabajé como ayudante de carpintero en los socavones”, escribe el autor.

Las últimas décadas de su vida son menos estimulantes, porque en esa irremediable escalada depresiva es posible adivinar cómo terminaría todo. El tema del suicidio abunda en su obra, pero resulta más amable ver cómo lo trata en uno de los 114 cuentecillos de mala muerte.

Allí, en la historia titulada “Solo los suicidas pueden valorar lo que hizo Paganini por la música”, Alcalde escribe: “Sacando fierros de la guerra se lanzó desde la torre de un edificio de 100 pisos con una gracia hiperbólica (...), libre por fin, vuelto en el aire, y mientras descendía interpreta a la perfección las variaciones de Paganini, acompañado por un coro de curiosos que lo saludan desde las ventanas”.

LOMO DE TORO



Roberto Medina

Cinerama

Hay vino el médico, porque en esta casa hay alguien enfermo. Era tarde y el médico me acompañó gentilmente a comprar un antibiótico. Entramos a una farmacia de la calle Estado cuando estaban cerrando. A la vuelta, caminamos juntos varios cuadras, conversando trivialidades. Antes de despedirme me prometió si había ido al cine. Le dije que no, que prefería ver películas en la televisión, que a veces me pasaba algo que consideraba estimable: prender el televisor en el momento en que está comenzando una película que a uno le resucita las emociones y que parece cambiarle la vida. El azar del encuentro le puso un aza adicional a esa pequeña alegría.

Mientras reprochaba por haberme acordado de una vez que Yayita reaccionó a Condoito porque no la llevaba nunca al cine, y él le contestó que pues qué, si la misma película la podías ver gratis veinte años después en “Noticias de estreno”. Me acordé también de Winston Churchill, que cuando iba al cine compraba tres entradas: la suya y las correspondientes a los asientos contiguos. De este modo se aseguraba que el profesor quedara a convenientes distancias.

Siempre hay algo molesto en las salas de cine: el exceso de parlantes, el tardío ingreso de familiares, el olor a cabritas, el desagrado de abandonar el teatro cuando lo que aparece en la pantalla se vuelve intolerable.

El año pasado fui a ver una cuestión llamada “Los idiotas” y salí a la media hora, a tropezones, mareado por los ruidos de la cámara y por la arrogancia de la obra. Mucho tiempo antes me había sucedido lo mismo con una de Tarlovsky, “El sacrificio”. En esa ocasión me dije la próxima vez que alguno de los personajes se tire los pelos o caga de rodillas mientras entran un alarido, me voy. Fue exactamente lo que sucedió.

Contrariamente, son decepcionados los buenos momentos proporcionados por el cine, los paisajes salados que quedan como un resíduo que gravita en la memoria, los rostros amparados en un gesto apocóptico, las amódelas indefinibles, los parlancitos que por algún motivo no se olvidan jamás. Laurence Olivier, por ejemplo, en la aduana clásica de “La gata sobre el tejado de cartón”, diciendo con los labios apretados: “Hay un fuerte olor a moxatidad”. O Peter O’Toole, en “Batallas amor”, cuando se acerca a su homónimo-asiente en una situación íntima y comenta con una carcajada soca: “Hay olor a sexo bruscamente interrumpido”.

Si pudiera filmar una película, creo que haría un drama existencial, y me se por qué le ofrecería el rol principal a Pepe Tapia. Sería la historia de un tipo destrozado por su propia inguiera, involucrado en malentendidos espirituales y monetarios. Lo veo sentado en la escalera de un edificio céntrico, junto a un acorador de reja, atormentado por los fragmentos de los muertos a los que ocupa la firma para cobrar jubilaciones brutas.

En pocas líneas

Suicidas amparados, asesinos bondadosos y animales de alto coeficiente intelectual forman parte de la galería de personajes que puebla la colección de relatos breves “Sacrificia de los ángeles eróticos o 114 cuentecillos de mala muerte”, incluida en la antología de Alfonso Alcalde “Algo que decir”. He aquí dos bocadillos.

Los iguales se atraen hasta en la vía pública

1. Un parafalico hace detener un ómnibus, y como el chofer padece del mismo mal, se produce un atochamiento de una cinco cuadras de largo.

La más completa soledad de los difuntos

1. Le gustaba acompañar a los muertos hasta la última morada. Era la entretención favorita para llenar su propio tiempo vacío. En 35 años consecutivos tuvo la paciencia de sepultar familias completas con el rostro adecuado, solemne, sin esperar alguna compensación.
2. Cuando le llegó el turno, solo un perro vago siguió por breves momentos el cortejo. Después se detuvo frente a un árbol y una perra desconocida lo distrajo con su olor.

El arte de no hablar por hablar [artículo] Rodrigo Castillo

Libros y documentos

AUTORÍA

Castillo, Rodrigo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El arte de no hablar por hablar [artículo] Rodrigo Castillo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile